

á la derecha, los marinos de la guardia en el mismo Andújar, los dos regimientos suizos detrás de la ciudad, y la caballería á lo lejos por la llanura. En esta disposición había permanecido desde mediados de junio hasta muy entrado julio sin que nadie le molestase, porque los sublevados de Andalucía y Granada necesitaban aquel tiempo para organizarse, concertarse y verificar su aneación entre Córdoba y Jaén. La única hostilidad que le habían dirigido era la ocupación de Sierra Morena por un enjambre de bandidos que asesinaban á los correos é interceptaban los convoyes. Era tan diestra en los acechos la partida de Echavari, que no podía pasar un solo hombre á caballo entre Puerto del Rey y la Carolina sin ser desballado; las mismas mujeres y los niños servían de vigías y avisaban al punto que veían asomar cualquiera persona. En tan enojosa inacción, que duró cerca de un mes, en parte motivada por el retraso de los refuerzos pedidos, había enviado el general Dupont por los contornos varios destacamentos para escarmentar á los insurgentes y hacerse con víveres. Había despachado á Jaén al capitán de marinos de la guardia, Baste, oficial tan instruido como intrépido, con encargo de castigar á aquella ciudad, que había tomado parte en las matanzas ejecutadas con nuestros heridos y enfermos y de sacar municiones de boca, que allí abundaban. Entró Baste resueltamente en Jaén con un batallón y unos cien caballos, dispersó á los moradores, y se trajo un inmenso convoy de víveres, vinos y medicamentos de toda especie.

No se explicaba por desgracia claramente el general Dupont, aunque en globo los entreveía, los peligros anejos á la posición de Andújar; y Bailén y el paso de Menjibar sobre el Guadalquivir le tenían pensativo. Puso acucioso en aquel punto un destacamento, y no cesaba de hacer por allí reconocimientos. A más se extendían sus zozobras, porque se veía precisado á camppear también por la izquierda de Bailén hasta Baeza y Úbeda, donde arrancaba un camino traveso que iba por Linares á parar detrás de Bailén, en las cercanías de la Carolina, inmediato á la boca de las gargantas. Es evidente que se hubiera ahorrado este cuidado situándose en el mismo Bailén, que con su sola presencia hubiera quedado defendido, y donde unas cuantas patrullas de caballería enviadas sobre Baeza y Úbeda hubieran bastado para evitar toda sorpresa. Pero su principal temor era el de no poderse mantener á pesar de hallarse en la feraz Andalucía. Los carneros, tan abundantes en Castilla y Extremadura, escaseaban en Sierra Morena, donde no había apenas más que cabras, carne poco sana y nutritiva. El trigo era raro de resultas de no haberse hecho aún la siega y de haber consumido y echado á perder los sublevados toda la cosecha del año anterior; de manera que los soldados tenían que arrancar la mies para hacer pan, y por lo común se quedaban á media ración. Dábaseles en cambio cebada, que cocían con la carne; no tenían para moler el trigo más que un molino en el Guadalquivir, y muchas veces tenían que defenderlo de las acometidas del enemigo. Carecían en aquel abrasado suelo de legumbres frescas, y como el vino de Valdepeñas no podía conducirse más que por Sierra Morena, por estar Valdepeñas situado en la Mancha, había que proporcionárselo á fuerza de dinero para que no les faltase á los enfermos. Faltaba también el vinagre, tan

precioso en los climas cálidos: el agua del Guadalquivir estaba casi siempre tibia. Iba haciéndose inaguantable y pernicioso tanta detención en Andalucía para unos bisonños, poco hechos á los climas extremados; además de los heridos había muchos enfermos atacados de disentería. La falta absoluta de noticias aumentaba por último las penalidades con una profunda tristeza. Sin embargo, nuestros soldados, aunque poco aguerridos, tenían el convencimiento de su superioridad, gran confianza en su general y deseaban ocasiones de medir sus fuerzas con las del enemigo.

Subió de punto esta confianza con la llegada de la división de Vedel. Habiendo emprendido su marcha á últimos de junio, llegó el 26 á Despeñaperros, esto es, á la entrada de los desfiladeros; los forzó matando algunos hombres de la partida de Echavari, y desembocó luego por la Carolina, linda colonia alemana fundada á fines del último siglo por Carlos III. El angosto valle por donde se atraviesa la Sierra ensancha un poco en la Carolina, algo más en Guarromán y más todavía en Bailén, donde acaba de abrirse dilatándose á orillas del Guadalquivir. En Guarromán, entre la Carolina y Bailén, termina el camino traveso de que hemos hablado, y que desde Baeza y Úbeda conduce por Linares á la entrada de los desfiladeros.

Después de detenerse la división de Vedel en la Carolina y ponerse en comunicación con el general Dupont, fué á tomar posición en el mismo Bailén, dejando atrás un batallón para guardar los accesos de los puertos y enviando dos delante para proteger el paso del Guadalquivir en Menjibar. No bien ejecutó su aneación el general Vedel, le encargó Dupont, señalándole su posición, que vigilase con grande esmero sus espaldas y su izquierda para que no pudiese apoderarse el enemigo de los puertos cerrándose al ejército francés. Con la llegada de Vedel había disminuído el peligro de dejar á Bailén desamparado; pero aún subsistía el inconveniente de tener una posición defensiva, á seis leguas de distancia unos de otros, detrás de un río que podía por todas partes vadearse. En efecto, un enemigo arrojado podía pasarle de noche y situarse entre nuestras dos divisiones. Ahora bien: á pesar de la incorporación del general Vedel, no era aún bastante considerable el número de las tropas francesas ante los sublevados de Andalucía para poderse dividir sin riesgo. El cuerpo de Dupont había disminuído notablemente con las enfermedades; la división de Barbou apenas podía presentar en campaña arriba de cinco mil setecientos hombres, ó de seis mil cuatrocientos contando la artillería é ingenieros; los marinos no pasaban de cuatrocientos; los dragones y cazadores de mil ochocientos: total, ocho mil seiscientos franceses. Los suizos, en alta y baja continua por sus muchos desertores, eran en número de mil ochocientos, mas no se podía fiar en ellos siempre. La división de Vedel llevaba cinco mil cuatrocientos hombres de todas armas y doce piezas de artillería; de manera que entre éstos y los ocho mil seiscientos hombres de Dupont componían el número de catorce mil combatientes y de diez y seis mil con todos los suizos. Esta fuerza no era excesiva, aunque estuviese toda reunida, contra los cuarenta ó cincuenta mil insurgentes que se suponían. Llegó en breve la división de Gobert con un refuerzo de cuatro mil setecientos hombres entre infantes y jinetes,

y el cuerpo del general Dupont ascendió insensiblemente á la fuerza apetecida (que, sin embargo, no pasaba de diez y ocho mil franceses y dos mil suizos) en ocasión de decidirse los sublevados á tomar la ofensiva. Pero con la división de Gobert recibió Dupont la noticia del descalabro sufrido delante de Zaragoza y de Valencia, de la retirada del mariscal Moncey sobre Madrid, del aislamiento en que por esta retirada quedaba el ejército de Andalucía, y al mismo tiempo la recomendación de mantenerse sólidamente en el Guadalquivir, pero sin internarse en Andalucía. Grande imprudencia hubiera sido, en efecto, en el estado actual de las cosas empeñarse más por el Mediodía de España.

Presentábase á la sazón, sin salir de la defensiva, muy buenas ocasiones de escarmentar duramente á los sublevados. Los de Granada, españoles y suizos, mandados por el general Reding, se habían trasladado á Jaén formando un cuerpo de doce ó quince mil hombres; y mientras tanto los de Andalucía, bajo el mando de Castaños, y en número de unos veintitantos mil, por el Guadalquivir arriba llegaban al frente de Bujalance, manifestando por algunas partidas de tiradores y varias patrullas de jinetes que los precedían no hallarse muy distantes. Si bien el espionaje militar era imposible en España, porque no había un solo habitante que se prestase á vender la causa de su país (sentimiento digno que hacía disculpable la ferocidad de aquel pueblo y que le servía de explicación), era fácil por las señales que á cada momento se advertían de aquella doble marcha apreciarla en su justo valor y contrarrestarla. Dejando la división de Gobert en Bailén y en Menjibar, podía muy bien el general Dupont adelantar con las divisiones de Barbou y de Vedel hasta el otro lado del Guadalquivir, situarse entre los dos ejércitos enemigos con catorce ó quince mil hombres, batirlos uno después de otro, ó ambos á la vez, y volver á tomar su posición después de dejarlos muy maltratados. Por mucha fuerza que llevasen, no había la menor temeridad en exponerse á un reencuentro luchando uno contra dos, y esta operación que le precisaba á un movimiento de tres ó cuatro leguas hacia adelante, no era ciertamente una infracción á la orden de no internarse en el Mediodía. No obstante, si esta resolución le parecía demasiado atrevida, podía, manteniendo una rigurosa defensiva y esperando al enemigo, reunirse con Vedel y Gobert en el mismo Bailén, y estaba seguro de que en esta posición derrotaría con veinte mil hombres á cuantas fuerzas se le presentasen. Dejar á Andújar por Bailén no era por cierto infringir la orden de no volver á pasar la Sierra, así como tampoco era faltar al mandato de no internarse en Andalucía el adelantarse cuatro leguas para oponer una defensiva más eficaz á los enemigos.

Inmóvil á vista de los españoles, sin idear ni mandar cosa alguna, permaneció en Andújar el general Dupont, que reunía por fin tres divisiones, disponiendo solamente que Vedel quedase en Bailén y que Gobert ocupase la Carolina, encargándoles á ambos que estuviesen muy sobre aviso y vigilasen sin descanso todo el contorno para que los sublevados no salvasen los desfiladeros con un rodeo por Baeza, Úbeda y Linares.

Asomó el enemigo en la noche del 14 de julio por las alturas que dominan el Guadalquivir enfrente de

Andújar. Las tropas de Granada habían quedado en Jaén con el general Reding, disponiéndose á reunirse con las de Andalucía. Éstas, que se divisaban sobre Andújar mandadas por el general Castaños, acababan de llegar de la Andalucía baja por Sevilla y Córdoba, y como los de Granada, tenían por objeto la reunión, aunque deseaban tantear primero la posición de Andújar por si era fácil tomarla. Llevaban unos veinte mil hombres, parte de tropas regulares y nuevos alistamientos, parte de voluntarios recientemente regimentados en cuadros de nueva creación. Aventajaban en disciplina y bélica apostura á todas las que hasta entonces nos habían hecho frente, porque se componían principalmente de las tropas del campo de San Roque y de la división que con el general Solano había sido destinada á invadir el Mediodía de Portugal.

Desde el 15 de Julio por la mañana se presentaron en masa y obligaron á nuestras avanzadas á retirarse y á dejarles libres las alturas que dominan las riberas del Guadalquivir. Cada cual tomó entonces su posición de combate; la guardia de París en las construcciones que había delante del puente, la tercera división de reserva en la orilla misma del río, los marinos de la guardia en Andújar, la brigada de Chabert á la derecha de la ciudad, los suizos á retaguardia y la caballería con el 6.º provisional á camppear la llanura para observar á las guerrillas indisciplinadas, que marchaban en torno del ejército español como los cosacos en torno del ejército ruso.

Al ver al enemigo recobraron los soldados franceses su perdida animación, y aunque entre ellos había muchos enfermos, mostraron un ardiente anhelo de llegar á las manos; pero los españoles no eran capaces de pasar el río á vista de nuestro ejército: limitáronse á un insignificante cañoneo que nos hizo muy poco daño, y al que sólo correspondimos fríamente para no desperdiciar municiones; mas nuestras balas perfectamente caían en medio de sus masas compactas, matándoles mucha gente. Aparecieron entonces las guerrillas por la derecha del río que ocupábamos nosotros; unas le habían pasado desde muy lejos, otras caían sobre nuestras espaldas de las gargantas de Sierra Morena; envió el general Fresia contra ellas sus escuadrones, mientras el 6.º de línea las acometía á la bayoneta, perdieron varios hombres, y tuvieron en breve que volver á sus montañas como bandadas de aves de rapiña.

Sólo denotaba la jornada un tanteo del enemigo que probaba sus fuerzas contra nuestra posición, buscándonos el flaco para asaltarla con menos dificultad. Podía no obstante preverse un esfuerzo más formal al día siguiente, por lo cual despachó Dupont uno de sus oficiales al general Vedel para saber lo que ocurría en Bailén ó en el paso de Menjibar y pedirle, en caso de que no tuviese enemigos sobre sí, que le auxiliase con un batallón, ó con una brigada, cuidado que, según dejamos manifestado repetidas veces, pudo haberse ahorrado juntándose todos en Bailén. Acabó aquel día en Andújar con la mayor quietud.

Hacia Bailén, los sublevados de Granada, apostados más acá de Jaén, asomaron á lo largo del Guadalquivir tanteando todos los puntos y buscando el flaco á nuestras posiciones. Habían utilizado el paso de Menjibar por delante de Bailén y rechazado las avanzadas

del general Vedel; pero acudió éste con el grueso de su división y desplegando de una manera muy ostensible sus batallones, intimidó á los españoles á punto de ahuyentarlos completamente. Mas á nuestra izquierda, hacia los confines siempre peligrosos de Úbeda y Baeza, habían los insurgentes atravesado el Guadalquivir y destacado varias partidas volantes que, aunque poco de temer, podían de lejos dar ocasión á enojosas equivocaciones. Noticioso de su apareamiento el general Gobert, que estaba apostado en la Carolina, envió prontamente á Linares una partida de coraceros para observarlas y tenerlas á raya.

En semejante situación, viendo que había desaparecido el enemigo, había resuelto el general Vedel subir de Menjibar á Bailén, cuando llegó el ayudante de campo del general Dupont enviado á pedirle el refuerzo de un batallón ó de una brigada, según lo que hubiese acontecido. Sabor por este ayudante de que el grueso del enemigo había asomado por enfrente de Andújar, suponiendo que sólo allí estaba el peligro, y movido de un celo indiscreto, decidió pasar á Andújar con toda su división, enviando á decir al general Gobert que ocupase á Bailén, que iba á quedar desamparado con la marcha de la segunda división. Púsose inmediatamente en camino al anochecer del 15, y anduvo toda la noche del 15 al 16. Honroso sentimiento le inspiraba; mas no era por eso menos imprudente su conducta, porque ignoraba lo que podía sobrevenir en Bailén después de su partida y lo que en su ausencia sería de aquel punto, tan importante para la seguridad del ejército.

Púsose á vista de Andújar con todas sus tropas en la mañana del 16. El general Dupont, lejos de reconvenirle por su precipitación, cedió al placer de haber adquirido este refuerzo contra un enemigo que aparecía más numeroso que el día anterior y más dispuesto á trabar un combate formal. Aprobó la conducta de Vedel y aun se la agradeció; los soldados, que hacía dos meses no habían visto franceses, lanzaron clamores de júbilo al reunirse con sus compañeros y creyeron que iban por fin los españoles á recibir el escarmiento merecido por su jactancia. Era en efecto llegado el caso de reparar los errores cometidos precipitándose sobre el enemigo, con catorce mil franceses y dos mil suizos y ahuyentándole para mucho tiempo. Nada más fácil á la sazón, atendido el ardimiento de nuestro joven ejército. Pero consintió el general Dupont que los españoles cañoneasen á Andújar, todo el día, limitándose á recrearse con su indecisión é inexperiencia, sin hacer más contra ellos que dispararles de vez en cuando algunos cañonazos. Queriendo los españoles forzar la posición de Andújar y no atreviéndose, estuvieron todo el día bajando y subiendo por los cerros que ocupaban á la margen del río, y del río á las mencionadas alturas, sin probar jamás á pasarle á vista de nuestras bayonetas. Hicieron una vez ademán de atravesar el Guadalquivir sobre la izquierda de Andújar, hacia Villanueva, mas veíase desde este punto á la división de Vedel marchando por la orilla opuesta y á su aspecto se desvaneció su arrojo. Acabó, pues, el día tan pacíficamente como la víspera, con muy escaso número de muertos y heridos por nuestra parte; pero con pérdida bastante de los españoles, muy mal parados por nuestro cañoneo, á pesar de haber sido menos frecuente y vivo que el suyo.

No sucedió lo mismo hacia el lado de Bailén y del paso de Menjibar. Al amanecer del 16, mientras el general Vedel marchaba sobre Andújar sin necesidad, Reding, que también el día 15 había hecho algunas tentativas delante de Bailén á la cabeza del ejército de Granada, las estaba repitiendo con mayor decisión que la víspera. La desaparición completa de la división de Vedel le había alentado, como era natural, á arriesgarse un tanto más. Después de atravesar el paso de Menjibar, sólo encontró al pie de las alturas de Bailén al general Liger-Belair con un batallón y varias compañías de preferencia: asomó entonces con fuerza considerable, y desplegó muchos miles de hombres á vista de aquel general, que, por no contar sino con algunos centenares, no tuvo más remedio que retirarse ordenadamente. Llegaba á esta sazón el general Gobert, advertido de la evacuación de Bailén por el general Vedel, al frente de tres batallones y unos cuantos coraceros para ocuparlo; porque esta división, ya harto reducida por causa de los diversos destacamentos que había ido dejando atrás en la Carolina, en Guarromán y en otros puntos, había aminorado alargándose en las gargantas de Sierra Morena y sólo se presentaba al frente del enemigo con una cabeza de columna. Sin embargo, lleno su general de pericia y de ardimiento, con sus tres batallones y sus coraceros obligó á los españoles á detenerse. El mayor Christophe, que mandaba los coraceros, dió con ellos una carga impetuosa, é hizo retroceder á la infantería española, poco acostumbrada al terrible choque de tan formidables jinetes. Pero el general Gobert, que dirigía en persona estas operaciones, fué herido en medio de la frente de un balazo, disparado desde un matorral por uno de los muchos tiradores del país que hallábamos en todas partes emboscados: cayó en tierra sin sentido, con vida para pocas horas, y fué muy llorado por todo el ejército.

Acudió á aquel punto el general Dufour, destinado por su graduación á substituirle, vió á las tropas francesas desalentadas con el golpe que acababa de arrebatarles su general y creyó que lo mejor que podía hacer era replegarlas sobre Bailén. No pasaron adelante los españoles, que andaban buscando el flaco de nuestras posiciones sin proyecto formal de atacar á fondo; pero pudieron adquirir el convencimiento de que aquella era la parte débil que deseaban descubrir.

El general Dufour regresó á Bailén, donde tenía gran parte de la división de Gobert. Viendo que los españoles no le seguían, sino que permanecían quietos á la margen del Guadalquivir, se imaginó que dirigían su ataque formal á otro punto. En efecto, mientras el peligro aparecía tan pequeño del lado de Menjibar, iba tomando dimensiones alarmantes hacia Baeza y Úbeda. Todos los reconocimientos dirigidos por esta parte, ya porque fuesen ejecutados por oficiales poco entendidos, ó ya porque aparentasen ser mayores de lo que eran en realidad las partidas sueltas que habían pasado el Guadalquivir por más arriba de Menjibar, todos confirmaban la presencia de un ejército formal en el camino travieso que conduce de Baeza y Úbeda á la Carolina por Linares, pasando por detrás de Bailén. Agregábanse á estas indicaciones las instrucciones reiteradas del general Dupont, que después de cometer el yerro de no situarse en Bailén, lo agravaba, lejos de repararlo, con

las continuas inquietudes que experimentaba y que comunicaba á sus lugartenientes. Aquel mismo día, y aun la víspera, había escrito al general Gobert que era menester no perder un instante de vista el mencionado camino de Baeza y Úbeda á Linares; que al primer indicio de moverse el enemigo por aquel lado debía retroceder en masa de Bailén á la Carolina, porque allí estaba la salvación del ejército, y convenía defender este punto á toda costa: ¡extraña precaución que fué verdaderamente la perdición del ejército al cual debía salvar!

El general Dufour, que tenía derecho á recibir las instrucciones del general en jefe después de la muerte del general Gobert, habiendo sabido pormenores muy alarmantes acerca del camino de Baeza á Linares, emprendió aquella misma noche su marcha de Bailén con dirección á la Carolina, creyendo que iba nada menos que á preservar al ejército de la desgracia de verse envuelto; con lo que volvió á quedar abandonado y expuesto á la invasión del enemigo ese fatal pueblo de Bailén, destinado á ser el primer escollo de nuestra grandeza. Ciertamente el general Dufour podía disculparse con las instrucciones que había recibido, con las noticias que le habían llegado y con la confianza en que estaba de que regresaría pronto el general Vedel á Bailén. La misma noche del 16 salió apresuradamente con dirección á la Carolina, dejando un destacamento escaso en las alturas que dominan á Menjibar y al Guadalquivir.

Las noticias de la muerte del general Gobert y de la retirada de su división llegaron á Andújar la misma noche del 16, pues toda la distancia era de seis leguas francesas, y para recorrerla no empleaba un oficial á caballo más que dos ó tres horas.

Recibióse en el instante mismo de acabar la jornada, y con ella el inútil cañoneo cuyos insignificantes efectos dejamos referidos. El general Dupont, que había incurrido en el mismo yerro que Vedel con su aprobación y aplauso, empezó á sentir que hubiera éste dejado á Bailén por ir á Andújar; y aunque ignorante todavía de la marcha del general Dufour á la Carolina, movido por la gravedad de un ataque que había originado nada menos que la muerte del general Gobert y la retirada de su división, mandó inmediatamente al general Vedel que volviese á ponerse en camino para Bailén, que ocupase este pueblo con la mayor fuerza posible, que batiese á los sublevados allí, en la Carolina y en Linares, en todos los puntos por donde asomasen, y que hecho esto volviese apresuradamente para ayudarle á destruir á los que tenía á la vista en Andújar. Pero no se le ocurrió que podría ser conveniente seguir con sus propias fuerzas á Vedel, inmediatamente ó bien á una jornada de distancia, para estar aún más seguro de precaver las funestas consecuencias que presentía. Obcecación fatal é increíble, no sin ejemplar en la guerra, pero, por fortuna de los pueblos y de los ejércitos, no siempre causa de tan espantosos desastres. No culpemos á la Providencia; después de lo ocurrido en Bayona ya no merecíamos ser afortunados.

El calor en aquellos días era inaguantable, las noches eran casi tan sofocantes como los días y además había siempre grande escasez de víveres en Andújar. A fuerza de privaciones se consiguió reunir lo escasamente ne-

cesario para aplacar el hambre de los soldados de Vedel. Volvieron éstos á salir de Andújar el 16 á media noche, aún muy cansados de la marcha que habían ejecutado de día y dejando llenos de tristeza con tan súbita separación á sus compañeros de la división de Barbou. Duró la marcha toda la noche y no llegaron á Bailén hasta el día 17 á las ocho de la mañana, con el sol ya muy alto y con gran calor.

Llegado que hubo á Bailén, maravillóse mucho el general Vedel de ver que Dufour había salido para la Carolina sin dejar en aquel pueblo más que un ligero destacamento. Cesó su admiración cuando supo lo que había movido á Dufour á emprender aquella traslación, que era el rumor general de haber pasado por Baeza y Linares un cuerpo de ejército español con intento de ocupar los puertos, y sin más reflexionar que el día anterior en que tan apresuradamente se trasladó de Menjibar á Andújar y que ningún partido habían sacado de la victoria conseguida en Menjibar contra Gobert, iban realizando el proyecto hábilmente calculado de engañar á los franceses con un falso amago de envolverlos por Baeza y Linares. No obstante, aunque dominado por una idea que le repugnaba en cierto modo desentrañar, dispuso un reconocimiento más allá de Bailén para ver si algo se descubría desde aquellas posiciones que dominan todo el valle del Guadalquivir. Nada descubrió el destacamento enviado á camppear, ni por la falda de las colinas ni en el río; cesó entonces toda duda, y se convenció el general Vedel de que todas las fuerzas enemigas habían pasado por Baeza y Linares con dirección á la Carolina, para cerrar los puertos de Sierra Morena detrás del ejército francés. Sin vacilar, pues, tomó su partido, y á no ser por el gran calor de Mediodía que llegaba á los cuarenta grados de Reaumur causando apoplejías fulminantes en hombres y caballos, se hubiera inmediatamente puesto en marcha; pero salió de Bailén al anochecer del mismo día 17, llevándose hasta la avanzada que defendía las alturas inmediatas al Guadalquivir: ¡tanto temía no llegar á la Carolina con fuerza suficiente! Los generales en jefe encuentran en sus días afortunados lugartenientes que corrigen sus errores. ¡Los del general Dupont no hicieron más que agravar los suyos!

De todos los supuestos movimientos del ejército español hacia la Carolina por Baeza y Linares, ninguno era cierto. Las guerrillas, en más ó menos número, habían ciertamente inundado las márgenes del Guadalquivir, llegado á Sierra Morena, é inducido en error á algunos jefes poco entendidos ó precipitados; pero los dos ejércitos principales se habían dirigido, el de Granada á Bailén y el de Andalucía á Andújar. Su verdadera intención era sondear por todas partes la posición de los franceses, para saber de qué lado se les podría embestir con más probabilidades de vencer. Los sublevados, movidos de su impaciencia, pedían atacar inmediatamente por cualquier punto, y el prudente general Castaños tenía que contener á los declamadores del estado mayor para evitar un descalabro como el que habían sufrido Cuesta y Blake. Las tentativas de que hemos hablado eran el arbitrio de que se habían valido para entretener á los impacientes y buscar el punto donde resultase menos grave la imprudencia de la ofensiva. La actitud imponente de los franceses delante de Andújar en los

días 15 y 16 y su resistencia menos invencible entre Menjíbar y Bailén, puesto que uno de sus generales había allí sucumbido y el campo había quedado abandonado, indicaban que era Bailén el punto á que convenía dirigirse, si se quería arriesgar un golpe de mano que presentase probabilidades de buen éxito. Este modo de razonar del general Castaños hacía honor á su perspicacia militar, y aquel momento de feliz penetración iba á serle tan afortunado, como funesto al general Dupont un momento de alucinación.

Convocó el general en jefe á consejo de guerra. Los más inquietos abogaron en él por la necesidad de atacar de frente y acto continuo la posición de Andújar; el juicioso y sagaz Castaños opinó que era demasiada temeridad tentar á la fortuna, y no quería exponerse á una derrota muy fácil de prever. En su juicio, los acontecimientos de la víspera indicaban mucho mejor éxito emprendiendo un ataque por el lado de Bailén, y conveniale tanto más este plan, cuanto que con él declinaba sobre el general Reding y los sublevados de Granada toda la responsabilidad de la empresa. Convínose en que para cooperar á esta tentativa se le agregaría á Reding la división de Coupigny, que era una de las mejor organizadas del ejército de Andalucía, y en que el general Castaños permanecería delante de Andújar con las dos divisiones de Jones y de la Peña para engañar á los franceses acerca del verdadero punto de ataque. Contando ya con doce mil hombres próximamente y con un refuerzo de seis á siete mil, iba á juntar el general Reding diez y ocho mil combatientes por lo menos. Quedábanle unos quince mil al general en jefe para llamar la atención de los franceses hacia Andújar.

Fijado este plan, procedióse inmediatamente á ponerlo por obra, y mientras emprendía su marcha la división de Coupigny para subir el Guadalquivir hasta Menjíbar y reunirse con el general Reding para concurrir al ataque de Bailén, las tropas del general Castaños ejecutaban con toda ostentación el día 18 su despliegue por las alturas que miran á Andújar.

Podía, no obstante, el mismo día 17, con alguna atención advertirse desde el campamento francés un movimiento de los españoles sobre su derecha, como consecuencia del plan que acababan de adoptar. El general Fresia, que mandaba la caballería francesa, había enviado por el puente de Andújar un regimiento de dragones á campar al otro lado del Guadalquivir muy cerca de los españoles, los cuales al verle habían formado en batalla recibiendo con descargas á nuestros jinetes; pero el coronel de este regimiento de dragones había divisado muy claramente el movimiento de los españoles de izquierda á derecha hacia Menjíbar, esto es, hacia Bailén, é inmediatamente lo puso en conocimiento del general en jefe Dupont, quien, apreciando debidamente esta notable circunstancia, formó desde luego la saludable resolución, que tal vez hubiera hecho cambiar su destino y el del imperio, de levantar el campo aquel mismo día para dirigirse á Bailén. Bastaba ver la dirección que tomaba el enemigo, sin necesidad de estar iniciado en su secreto, y aun bastaban los falsos rumores de un golpe de mano contra la Carolina para conocer que todo el peligro iba amagando á la izquierda de los franceses, hacia Bailén y la Carolina, y que la maniobra más segura era irse reconcentrando en aquellos

puntos. Además debió decidirle á Dupont á ponerse en marcha sin demora la noticia que recibió aquella noche de la salida del general Vedel para la Carolina, siguiendo al general Dufour, y de la completa evacuación de Bailén. Todavía estaba á tiempo el 17 por la noche para trasladarse á este punto, porque los españoles no podían entrar en él hasta el día 18.

Pero alucinado siempre Dupont con las fuerzas enemigas que tenía en Andújar á la vista, y no queriendo creer que se hubiese mudado al punto de peligro, embarazado con un considerable número de enfermos que tenía que transportar por no querer dejar atrás ninguno, seguro de que cada hombre rezagado era una víctima del asesinato, difirió hasta el día siguiente la ejecución de su primera idea con objeto de que la administración del ejército tuviese el plazo de veinticuatro horas que pedía para evacuar los hospitales y los bagajes, retraso funesto, digno de eterna pesadumbre.

Quedó, pues, aplazada para el día 18 la resolución de levantar el campo. En efecto, aquel día recibió Dupont noticias de los generales Dufour y Vedel, que le decían que iban buscando sin descanso al enemigo en lo interior de las gargantas; que se habían adelantado hasta Guarromán sin dar con él; que iban á marchar á la Carolina y Santa Elena y á todos los puntos donde suponían que se hallaba; que se proponían acometerle con ímpetu, derrotarle, y volver á tomar en seguida su posición de Bailén, ya para quedarse allí, ya para reunirse con el general en jefe en Andújar. Entretanto Bailén quedaba desamparado, expuesto á caer en manos de cualquier pequeño destacamento, y todo anunciaba que los españoles se dirigían á él con fuerzas numerosas. Campeando una patrulla por entre Andújar y Bailén se adelantó aquel día hasta el torrente Rumblar y divisó tropas enemigas. Urgía, pues, dejar á Andújar sin perder un instante y ocupar á Bailén antes que los españoles.

Libre de temores graves y figurándose que las tropas vistas hacia la orilla del Rumblar eran un mero destacamento enviado á reconocer el campo, dió sus órdenes Dupont para el día 18. No quiso emprender su marcha antes de cerrar la noche para ocultar su movimiento al general Castaños y llevarle seis ó siete leguas de ventaja. Pudo haber volado el puente de Andújar, entorpeciendo de este modo la persecución de los españoles; pero temeroso de que la explosión sirviese de aviso al enemigo, se contentó con obstruirle de tal manera que no pudiesen dejarle expedito en mucho tiempo, y al caer la noche, entre ocho y nueve, empezó á levantar el campo. Llevaba desgraciadamente, como queda dicho, gran número de bagajes por el extraordinario aumento de enfermos de resultas del calor y de los malos alimentos. La mitad del cuerpo de ejército padecía de disentería.

No habían admitido en los hospitales sino á los más extenuados, y quedaban de alta en las filas muchos hombres que apenas podían con las armas. Colocaron en carros los enfermos de más gravedad, y tuvieron que seguir á los bagajes á pie, flacos, pálidos y causando lástima el verlos, quinientos ó seiscientos hombres que no tenían carros en que ir. Jamás el calor había sido más abrasador: pasaba de cuarenta grados, y no recordaban los ancianos de aquella tierra haberlo conocido semejante. Empezó, pues, la marcha de noche, sin ha-

ber descansado del ahogamiento del día, respirando apenas hombres y caballos, y arrastrándose bajo una atmósfera de fuego á pesar de haberse ya hundido el sol en el horizonte. No se había podido dar al ejército ración entera: el soldado se ponía en camino con hambre y sed, y lleno de tristeza con aquella retirada que revelaba con harta claridad el mal semblante de su ya adversa fortuna.

Forzoso era vigilar las espaldas, porque el general Castaños, mejor servido que Dupont, podía recibir del mismo Andújar aviso de la retirada de los franceses y emprender su seguimiento. Por esta razón no envió el general francés á la cabeza de sus bagajes más que la brigada de infantería de Chabert, que estaba detrás y á la derecha del puente, y que por hallarse la menos próxima al enemigo debía ser menos advertida. Deslizóse silenciosamente, de derecha á izquierda, por detrás de Andújar, y formó la cabeza de la columna. Componíase de tres batallones de la cuarta legión de reserva y de un batallón suizo francés (que era el de Ffreuler) de toda confianza por hacer mucho tiempo que estaba al servicio de Francia. Una batería de seis piezas de á cuatro y un escuadrón acompañaban á esta brigada, cuya fuerza era de unos dos mil ochocientos hombres; seguían los bagajes que ocupaban de dos á tres leguas de terreno, y detrás de los bagajes iban los suizos-españoles (los regimientos de Preux y de Reding), reducidos por causa de las deserciones á unos mil seiscientos hombres; seguía la brigada de Pannetier, compuesta de dos batallones de la tercera legión de reserva y de otros dos de la guardia de París, formando unos dos mil ochocientos hombres; por último la caballería, que consistía en dos regimientos de dragones, dos de cazadores y un escuadrón de coraceros, y reducida de dos mil cuatrocientos jinetes á mil ochocientos solamente, cerraba la marcha con los marinos de la guardia y el resto de la artillería. Este cuerpo de ejército que reunía más de diez mil franceses y dos mil cuatrocientos suizos al salir de Toledo, y que al dejar á Córdoba contaba ocho mil seiscientos franceses y dos mil suizos, apenas tenía al salir de Andújar siete mil ochocientos de los primeros y mil seiscientos de los segundos: entre todos unos nueve mil cuatrocientos hombres. Además de su escaso número estaban divididos por causa de los bagajes en dos secciones, la primera, que marchaba á la cabeza, mucho más débil que la última, y ésta, que iba á retaguardia, de fuerza bastante, atendidos el número y calidad de las tropas. Según se acaba de ver, habíalo dispuesto así el general, porque temiendo la persecución, sólo veía el peligro á la espalda y no delante.

Anduvo toda la noche con un calor que no templaba el menor soplo de aire y entre la gran polvareda que á manera de densa nube levantaban las columnas de marcha. Los caballos, cansados y sudando á mares, sólo tragaban polvo al respirar. ¡Nunca se vió noche más triste precursora de más aciago día!

A cosa de las tres llegaron á las márgenes del Rumblar. Cuando este torrente lleva aguas las va volteando por entre rocas escarpadas en un barranco profundo que le sirve de lecho. Para cruzar de la una á la otra orilla hay un puentecillo, pasado el cual sube el camino por entre cerros cubiertos de olivares. Ocupábanlos por lo común las avanzadas de la división francesa en

cargada de custodiar á Bailén, que sólo dista tres cuartos de legua del Rumblar. Al llegar al torrente quisieron los soldados apagar su sed; pero estaba completamente enjuto y tuvieron que seguir adelante sin poder beber. A esta penosa decepción siguió al punto otra: en vez de las avanzadas del general Vedel divisaron á la luz del alba partidas españolas apostadas en las alturas, que los recibieron con descargas de fusilería. La vanguardia del general Chabert tomó al punto la defensiva y respondió al fuego del enemigo. Interceptaban el camino, encajonado entre escarpadas cuestras, varios batallones españoles dispuestos en columna cerrada: si hubieran éstos defendido las márgenes del Rumblar, de seguro no hubiéramos podido atravesarle. Constituían la vanguardia de los generales Reding y Coupigny, que, según el plan adoptado por el estado mayor español, habían pasado por Menjíbar el 18, habían marchado al punto sobre Bailén, y encontrándole abandonado se habían establecido allí. Durante la noche habían situado varios batallones en columna cerrada en el camino de Andújar, y estos mismos eran los que nos salían al encuentro en la madrugada del 19, interceptándonos la vía de Bailén.

La vanguardia francesa se puso desde luego en defensa sobre la izquierda del camino y en los olivares. Componíase de un batallón de la brigada de Chabert, cuatro compañías de cazadores y granaderos, un escuadrón de cazadores y dos piezas de á cuatro. Rompió un fuego de guerrillas muy nutrido, mientras un ayudante de campo disparado al galope iba en busca de los otros tres batallones del general Chabert, del resto de la artillería y de la brigada de cazadores. Mientras llegaba este refuerzo hizo la vanguardia todo lo que pudo: sostuvo el fuego una ó dos horas, mató mucha gente á los españoles, sufrió también considerables pérdidas y consiguió mantenerse firme; últimamente, á cosa de las cinco de la mañana, con el sol ya muy alto, llegó el resto de la brigada de Chabert. Los soldados que la componían, aunque descaecidos con el cansancio y la sed, sin darse punto de reposo acometieron á los batallones españoles de frente y por el flanco, y les obligaron á desalojar aquel camino encajonado para replegarse sobre su cuerpo de batalla. De este modo pudimos llegar á desembocar en una reducida llanura ondulosa, dominada á derecha é izquierda por alturas cubiertas de olivares y cerrada al fondo por el pueblo de Bailén. El ejército español de Reding y de Coupigny, con una fuerza de diez y ocho mil hombres, defendido el frente con una artillería tan formidable por el número de piezas como por su calibre, presentábase en batalla formando tres líneas. Iba á emprender su marcha hacia Andújar para cogernos por la espalda mientras nos atacase de frente el general Castaños, cuando nuestra vanguardia le sorprendió en este movimiento.

No bien acabamos de repeler á los batallones españoles que nos obstruían el camino, y asomamos por aquella llanura, la artillería enemiga rompió contra nuestras tropas el más tremendo fuego enviándonos una lluvia de balas y metralla. Mandó al punto el general Chabert colocar en batería sus seis piezas de á cuatro; pero á las primeras descargas que hicieron quedaron desmontadas y fuera de juego. Nada valían en efecto seis piezas de á cuatro contra más de veinticuatro bocas